

¿Por qué he elegido a Ratzinger?

*Entrevista al cardenal Carlo María Martini
Publicada en el diario italiano La Repubblica, el 26 de abril de 2005
(Traducida del italiano por DEBARIM)*

"El ser diferentes nos une", afirma el cardenal Carlo María Martini. "El evangelio de Jesús enseña que en la diferencia encontramos al hermano más amado". Así inicia Martini hablando del nuevo Papa, explicando el motivo por el cual él, que era considerado el cardenal que encabezaba la lista de los progresistas y principal "antagonista" del cardenal alemán en el secreto de la Sixtina, llegó a convertirse en el gran elector de Joseph Ratzinger.

El arzobispo emérito de Milán en esta entrevista a *La Repubblica*, habla por primera vez de Benedicto XVI. Pone una sola condición: ninguna pregunta sobre lo que ha sucedido en el cónclave y ninguna pregunta sobre su candidatura al trono pontificio.

–Eminencia, tenemos un nuevo Papa que ha sido definido “guerrero de la fe” y “hombre de los no”. Sin embargo, muchos nos advierten que nos sorprenderá pronto, apartándose de lo que ha sido su historia personal y doctrinal. ¿Será así de verdad?

–Será así. Estoy seguro que Benedicto XVI nos reservará sorpresas en relación con los estereotipos con los que ha sido definido un poco a la ligera.

–¿Por cuáles motivos?

–Sobre todo porque él ha sido siempre un hombre de gran humanidad, cortesía y gentileza, dispuesto a escuchar incluso opiniones diferentes a la suya. Esto yo lo pude experimentar cuando fui miembro de la Congregación de la Doctrina de la Fe, que él presidía.

Como escribió el mismo cardenal Ratzinger en una breve intervención en ocasión de mi XV aniversario de episcopado: “Ninguno se sorprenderá si digo que nosotros no hemos sido siempre del mismo parecer. Por temperamento y por formación somos sin duda muy distintos el uno del otro”. Y después de recordar las razones de esta diferencia concluía diciendo: “En todo caso, estas dos posiciones de ninguna manera se excluyen; al contrario, se integran y se completan mutuamente. Posiciones y acentos distintos son necesarios para podernos, a partir de aspectos diferentes, acercar a la compleja misión de la Iglesia en este tiempo e intentar, más o menos, llevarla a cabo.

–Se dice: una cosa es ser cardenal, otra ser Papa. ¿Sucederá así también con Ratzinger?

–La segunda razón que nos hace esperar sorpresas es el hecho que un pastor siempre es educado y formado nuevamente por su pueblo. Yo mismo lo experimenté cuando pasé del campo de la enseñanza al de la pastoral. Un pastor participa a fondo de las ansias, los sufrimientos, los deseos y esperanzas de su pueblo. Así que estoy seguro que la gran responsabilidad que pesa sobre las espaldas del nuevo Papa, lo hará cada vez más sensible a todos los problemas que se agitan en el corazón de los creyentes y de los no creyentes, y esto mismo abrirá probablemente para él nuevos caminos.

–¿Cuándo conoció personalmente a Joseph Ratzinger y qué fue lo que más le impresionó de él?

–Conocí de cerca a Ratzinger en octubre del 1980, cuando recién elegido obispo participé, invitado por el Papa, en el Sínodo de la familia, del cual Ratzinger era relator. Recuerdo especialmente que una mañana, hacia el final del sínodo, él tenía que presentar la relación conclusiva. Con mucha humildad dijo: “Hemos trabajado toda la noche, pero luego, como no lográbamos preparar el texto, decidimos irnos a dormir; por eso no puedo presentarles lo que están esperando”. Esta sinceridad me conmovió y todos aceptamos con gusto el retraso.



Cardenal Carlo María Martini

–¿Usted ha dicho de él: “La pasión por la verdad que Joseph Ratzinger ha testimoniado en modo coherente en estos años, hay que entenderla como respuesta a la debilidad de la postmodernidad”. Es un juicio positivo. Pero como puede conciliarse esta imagen de Ratzinger, Eminencia, con las tesis de usted que, por facilidad, podríamos definir “progresistas”?

–Yo creo que la mejor explicación la dio el mismo Ratzinger, en aquel breve escrito que me dedicó y que acabo de recordar. Decía él: “Mis primeras experiencias religiosas se remontan al período en que Romano Guardini con razón consideraba una prioridad absoluta “lo específico cristiano”, la “Unterscheidung des Christlichen” (así se titulaba una obra suya del 1935). Y, después de haber descrito un período de mayor pluralismo en la época que siguió a la guerra, Ratzinger continuaba diciendo: “Sin embargo, después de 1968, cuando surgió el peligro de confundir la escatología con la utopía, reduciendo de este modo la fe a una praxis de transformación del mundo, se hacía de nuevo necesaria la búsqueda del rasgo distintivo del cristianismo (Unterscheidung des Christlichen), no para encerrarlo dentro de los muros de un ghetto, sino para salvaguardar su dinamismo, que supera el tiempo hasta alcanzar la eternidad”.

En contraste con lo anterior, él reconoce que mi experiencia “en la formación de jóvenes sacerdotes provenientes de todos los continentes, fue distinta: en ella eran posibles formas diversas de mediación, síntesis de gran apertura; se trataba de sondear las posibilidades todavía inexploradas de la realidad católica”.

–“Buena conciencia” y “ser competente” son otras cualidades que usted ha reconocido hace algunos años, al cardenal que es hoy Papa, si no recordamos mal en el 1997. En estos aspectos, añadió usted en aquel entonces, Ratzinger nos sirve de modelo y de estímulo. ¿Por qué?

–Como dice la Primera Carta a Timoteo, “la caridad brota de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe sincera”. Estas tres fuentes de la caridad hay que reconocerlas en la personalidad del nuevo Papa. El culto al ser competente le es connatural a causa de su formación de profesor alemán, que exige la más amplia y sólida información acerca de un argumento que se debe tratar. Esperamos que estas virtudes se extiendan y arraiguen en la Iglesia y en la sociedad.

–Hemos pasado de un Papa elegido cuando tenía 58 años a un Papa de 78. ¿En realidad ha sido, como sostienen muchos observadores, una opción de transición?

–No ha sido tanto una opción de transición, sino el deseo de tener un pontificado breve después de uno largo. Esta regla se ha cumplido también en el pasado.

–¿Las primeras intervenciones de Benedicto XVI hacen pensar que en relación con Juan Pablo II hayan algunas innovaciones?

–No veo innovaciones en su primer mensaje (la homilía a los Cardenales al día siguiente de la elección) que, entre otras cosas, era un mensaje que había sido preparado anticipadamente en sus grandes líneas por las oficinas correspondientes, dado el poco tiempo que tenía a su disposición el nuevo Papa. Veo más bien la confirmación de las grandes líneas de apertura del pontificado de Juan Pablo II. Y esto es ciertamente un signo positivo.

–¿Por qué Benedicto XVI ha hecho casi inmediatamente una fuerte referencia a la necesidad de proseguir el diálogo con los hebreos?

–El cardenal Ratzinger ha sido muy atento, y cada vez más en estos años, al diálogo con los hebreos, algo que él considera esencial para la Iglesia. Así que no me asombra la rapidez con que escribió al rabino Di Segni indicando esta voluntad de dialogar.

–Una de las palabras que más se han oído y leído en estas semanas es “colegialidad”, como si se sintiera la necesidad de un nuevo tipo de relación entre el Papa, la curia y los obispos. ¿Hasta dónde es fuerte esta exigencia en la Iglesia?

–Es una demanda cada vez más fuerte en toda la Iglesia y estoy seguro que el nuevo Papa la tomará muy en serio y con eficacia.

–En realidad los asuntos urgentes de la Iglesia son muchos: el ecumenismo, el diálogo interreligioso, la relación con el mundo moderno. ¿Con una excesiva rigidez no se corre el riesgo de agravar las rupturas y de aumentar las distancias?

–Estoy seguro que el nuevo Papa no será rígido, sino que escuchará y reflexionará con libertad de corazón y apertura de mente. Como todos nosotros, también él está preocupado por no mitigar el Evangelio. Queremos un evangelio fuerte, valiente, que precisamente por ser así no tiene que tener miedo.

–Usted habla de novedad. Este es el asunto. ¿No le parece que la Iglesia esté perdiendo el reto delante de una sociedad que corre como un atleta, mientras ella está parada en el punto de partida?

–La Iglesia y la sociedad se mueven, si bien es cierto que a ritmos desiguales y no homogéneos. Pero la Iglesia tiene en su mano las llaves del corazón del hombre y no perderá el tren de la historia.



Benedicto XVI

–¿Qué responde usted a quien subraya que en algunas circunstancias la Iglesia llena las plazas, mientras las catedrales permanecen desoladas y vacías?

–Puede ser que la Iglesia esté un tanto apegada al liderazgo de audiencia en los medios de comunicación. Sin embargo, mi experiencia de obispo en una gran ciudad moderna no me hizo encontrar iglesias vacías, sino catedrales llenas de miles de jóvenes deseosos, no de superficialidad, sino de escucha profunda de la Palabra de Dios.

–¿Cuáles son las principales causas de la crisis del catolicismo y, en cambio, dónde la Iglesia parece más vital y caritativa?

–El único motivo de crisis en la Iglesia es la debilidad de la fe y de la esperanza. Jesús mismo se

había preguntado: “El Hijo del hombre, cuando vuelva, ¿encontrará fe en la tierra?”. Jesús sabe que somos débiles y sometidos a la tentación. Por esto mismo rezó por Pedro, para que no vacilara su fe y para que supiera confirmar a los hermanos.

–Benedicto XVI es un nombre que parece escogido en honor a la paz, casi como una invocación a la paz, como una promesa.

–El reto de la paz para la Iglesia durará mientras la paz esté amenazada por el egoísmo humano y por la complejidad de la historia. Por esto ha sido un buen signo el nombre de Benedicto para el nuevo Papa.

–Cardenal Martini, ¿qué cosa le ha enseñado, si podemos decir así, esta experiencia: la muerte de Wojtyla, el amor que ha unido al hombre con el pastor, el Cónclave y la extraordinaria atención que le prestaron todas las radios y televisiones del mundo?

–Todavía estoy reflexionando sobre todos estos eventos, que nos han impresionado muchísimo. Me cuesta hacer una síntesis, porque han sido muchas cosas y muy grandes. Pero ciertamente se ha manifestado la aspiración por el sentido y el deseo de guía espiritual presente en todas las personas y situaciones humanas.

–Eminencia, ahora usted regresará a Jerusalén y volverá a sus estudios bíblicos. ¿Qué deseo lleva en el corazón?

–Uno solo. Tengo en el corazón el sueño de Isaías: “Por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que no surja como una estrella su justicia y su salvación no llamee como antorcha. Entonces todos los pueblos verán tu justicia, todos los reyes tu gloria”.